

EL CONSERVADOR

PERIÓDICO POLÍTICO

Año 1

SANTIAGO. DICIEMBRE 1^{er} DE 1901. CON 721 N° 343

Nº 2

EDITOR RESPONSABLE
JOSE DEL T. DIAZ S.

AVISO EDITORIAL

Avivamos al público que los socios y la correspondencia, lo mismo que las colaboraciones, deben dirigirse a nuestro Gerente y Secretario de Redacción, don José Benito Lillo S., Correo, calle núm. 1944.

Las personas que deseen colaborar en El Conservador pueden pasar a nuestra oficina, Huérfanos, 1017, después de las 5 P.M., en donde sebrán las condiciones a que deben sujetarse los artículos.

No se atenderá a ningún pedido de ejemplares, si no es acompañado a él, el valor respectivo.

La REDACCIÓN.

«El Conservador»

PRECIOS

Rústica encuadernada.....	\$ 0.65
+ encuadernada.....	0.10
Por 100 ejemplares.....	2.50
Por 50	1.40

El valor de suscripciones mensuales y anuales se fija posteriormente.

El GESTOR

Teléfonos de la Compañía Inglesa 1.363—Corrida 1.344

OFICINA: HUÉRFANOS, 1.017

A nuestros Colegas de Provincia

Nuestro periódico ha tenido el honor de recibir los saludos y los cariñosos conceptos de casi toda la prensa católica de provincia y de algunas de casi toda—pero no hemos tenido el gusto de ver algunas publicaciones en las cuales, se nos asegura, ha sido también saludada la nuestra.

Algunos colegas, como *El País* de Concepción, uno de los mejores y más valiosos diarios de Chile, ha llevado más adelante su deferencia para con *El Conservador*, pues ha tenido la galantería de reproducir sus artículos, poniendo al pie de ellos la firma de *El Conservador*.

Agradecemos sinceramente los elogiosos conceptos que nos prodigan los colegas católicos, como asimismo damos las gracias, en nombre de los redactores y colaboradores, por esos mismos elogios tributados a la calidad de los artículos de redacción.

El acto de carirosa fraternidad de nuestros correligionarios y colegas habrá sido muy alto y con mucha eloquencia, en favor de la mancomunidad de ideas y de la estrecha solidaridad que reinan entre todos los fieles conservadores de Chile.

LA REDACCIÓN

Secretaría del Partido Conservador

SU NUEVO LOCAL

En la calle Huérfanos, casi en la esquina de Almudena, se encuentra ahora la Secretaría de nuestro Partido.

El local es magnífico y espacioso, de tal manera que en él funcionará, dentro de poco, el Club Conservador, fundación tan deseada por nuestros correligionarios, porque es de suma necesidad que tengamos un hogar político en el cual podamos juntarnos con los amigos y queridos compañeros que trabajan por la causa.

Que todos los partidos políticos tienen su Club, ya lo tendrá también el Partido Conservador, y ya lo tiene—podemos decir—desde luego, porque el local puede ser visitado a la hora que lo deseen nuestros correligionarios. Asimismo, como hay pisos y salones disponibles, pueden los correligionarios celebrar sus reuniones y conferencias en casa propia, pues así deben mirar los conservadores el local que,

siempre todavía no ha sido inaugurado como club, puede, sin embargo, considerarse ya como tal.

Después de la Convención, funcionará ahí mismo el futuro y gran Centro de la Juventud Conservadora, cuyos estatutos prepara nuestro distinguido amigo don Alfredo Barros Errázuriz, en unión de otros entusiastas jóvenes.

Repetimos que nuestros correligionarios pueden visitar, a la hora que quieran, en casa, el Club Conservador, calle de Huérfanos, 1017, sobre el Banco Matte.

REDACCIÓN

SANTIAGO DE CHILE. DICIEMBRE 1^{er} DE 1901

LA CONVENCIÓN

La fecha fijada para la Gran Convención Conservadora se aproxima. El Partido tiene puesta en ella sus mejores esperanzas y con justa razón se piensa que será un acontecimiento destinado a hacer época en la historia del conservantismo chileno.

Motivo especial para creerlo así son las propicias circunstancias que han rodeado a su convocatoria. El elevado y legítimo origen de que procede, cual es el actual Directorio del Partido, la generosa amplitud de sus propósitos y especialmente, la representación justa que en ella encontrarán los diversos intereses legítimos; todo induce a confiar en la eficacia de sus resultados para la mayor unión de los partidarios y para la tarea de fijar los ideales y doctrinas del Partido.

Las agrupaciones políticas bien organizadas no pueden prescindir de la periódica reunión de esta clase de asambleas. Clerto es que la buena marcha de un partido exige concentración y robustez en su parte directiva; pero no es menos cierto que para mantener la unidad e imponer rumbos progresistas, es necesario de vez en cuando consultar y ponernos en contacto inmediato con sus elementos vivos, esos que forman el núcleo dirigido.

Un procedimiento semejante es de conveniencia indiscutible para el Partido y sus directores. Para éstos, porque la satisfacción de su propia conciencia exige tener cabal conocimiento y oír de los propios labios de sus mandantes la confirmación de que con sus actos directivos han sabido interpretar fielmente al pensamiento y los deseos de la mayoría. Para el Partido, porque así mediante el cambio de ideas entre los que profesan un mismo credo político, se mantiene vivo el amor a las viejas tradiciones y al propio tiempo se adoptan las modificaciones requeridas por la variación de las necesidades y de los tiempos.

Por esto, después de constatar la legítima procedencia de los poderes que se exhiban por los delegados, acto en el que es de desear inexorable estrictez, aguarda a la Convención una labor variada y difícil. Por lo pronto, la revisión de los Estatutos es un primer problema cuya solución exige grande experiencia política y cabal conocimiento de

las tradiciones y tendencias del Partido. El acierto en este punto dependerá de que se logre encontrar una fórmula capaz de conciliar la legítima independencia de las colectividades parciales, como ser directorios departamentales, corporaciones científicas, sociedades de obreros, etc., con la indispensable unidad en los propósitos y vigor en la acción, cualidades necesarias de los elementos directivos que invistan la representación de la colectividad total.

En cuanto a la ampliación del programa, la tarea, si no tan delicada como la reforma de los Estatutos, supone no obstante mayor estudio y trabajo. El Partido Conservador cuenta ya con largos y gloriosos años de existencia y durante ese tiempo ha tenido la satisfacción de ver realizarse algunos de sus primitivos ideales, incorporados ya en la legislación, como la comuna autónoma y las incompatibilidades parlamentarias, ya en los hábitos nacionales, como sucede con los progresos alcanzados en pro de la libertad del sufragio.

En cambio, el desarrollo de la vida social ha abierto nuevos horizontes y creado necesidades nuevas, cuya solución es indispensable que busquen los conservadores inspirándose en su criterio religioso y político de siempre, pero también amoldándose en la medida de lo justo a las aspiraciones y tendencias modernas. Especialmente por lo que hace a los intereses de las clases populares, tan convulsionadas hoy día a consecuencia de las transformaciones de la organización industrial, se impone que el Partido Conservador fije explícitamente sus ideas y sus propósitos.

En esta tarea de la Convención, tendrá ancho campo de estudio el elemento joven del Partido, cuya eficaz cooperación es, por otra parte, del todo indispensable. No sólo la exige la necesidad de robustecer el programa definitivo con la aprobación entusiasta de los llamados a realizarlo cuando el tiempo arrebata los veteranos de las filas conservadoras, sino también la convicción de que no se interrumpe la tradición de que los jóvenes oigan de los mismos que han librado las batallas políticas de la libertad y del bien, los sacrificios y las dificultades que ha sido menester sobre llevar para conseguir los triunfos de otros tiempos.

Esta enseñanza les infundirá aliento para resistir la acción de los que, ligamente, por inconvenientes de detalle ó móviles aún más mezquinos, no trepidarían en destruir de una plumada esas conquistas.

Pero al referirnos a la acción de la juventud estamos muy lejos de pensar que a ella corresponda principalmente llevar a buen término las tareas de la Convención. No, por cierto, carece para eso de la experiencia y de la influencia necesarias. La obra de la Convención debe ser la obra de todos los conservadores, sin distinciones de ninguna especie. Precisamente allí estará el secreto de su fuerza y las probabilidades de acierto.

Preciso es que nadie se excuse, ni por este ni por aquél motivo. Cuantos con-

servadores tengan derecho de asistir a esta Asamblea deben hacerlo. De lo contrario, que los rezagados no se quejen si no se consultan sus ideas, porque de ellos sólo es la culpa.

JUVENIL

UNIÓN Y DISCIPLINA

Cuando un ejército es vencido en ruda batalla, el primer cuidado de sus jefes, si son valientes, es el de mantener a toda costa el orden, evitar la dispersión y conservar la disciplina, sin la cual es imposible cualquier esperanza de reparar el desastre. En tales circunstancias al soldado patriota y generoso siente más vivo el amor a su bandera y al entusiasmo por su causa, y así como es obra de patriotas el avivar los ánimos y estrechar de nuevo las rotas filas, así también es abominable traición, sembrar el desaliento y contribuir a la deserción. Las huestes conservadoras fueron vencidas en la última jornada política, no recordaremos las causas de esta derrota, ellas son múltiples, bastemos por ahora, fijarnos en los deberes presentes. El Partido Conservador forma sus filas al rededor de una bandera que no se arrastra jamás, tiene por enseña la causa de Dios, y aunque expuesto a todas las vicisitudes de la fortuna, no detiene, sin embargo, sus aspiraciones en el límite horizonte del tiempo. Trabajar es su deber, aunque no veamos el fruto de ese trabajo, aunque no nos halaguén ni remotas esperanzas de victoria, porque el trabajo es nuestro deber, y el título cierto del triunfo cristiano.

Ahora bien, si tales son las condiciones de nuestro glorioso Partido, qué se podría pensar de los conservadores que por una pasajera derrota, se rinden completamente, deponen sus armas y aun no contentos de su propia cobardía, incitan a otros al abandono de la santa causa? Ciertamente si los tales existieran, podría decirse que esos jamás han peleado por amor a su bandera, jamás han comprendido la nobleza de su causa. Todas las grandes causas han sufrido los reversos de la buena y mala fortuna.

Nó no debemos abandonarnos al desaliento, debemos levantar nuestros corazones, nuestro deber primordial es ahora la unión; la unión verdadera, sólida, basada ante todo en la disciplina, unión tal, en una palabra, que nos dé fuerza, y junto con la fuerza el entusiasmo y la abnegación por nuestra causa.

Comprendámoslo bien: la primera condición de un partido bien organizado es la disciplina; ésta sola es la base fundamental de la fuerza en una asociación política; sin la estricta observancia de la disciplina, toda unión es aparente, falsa y ruinosa, y si no lo dijera la razón, bastaría para probarlo la observación de una frecuente experiencia.

¿Qué es, en verdad, un partido cuya ley primordial no es la disciplina? una simple agrupación ocasional de individuos, que durará tanto como cada cual

le plaza, un edificio muy bonito si se quiere, pero cuyas partes no tienen la tristeza necesaria y están, por lo tanto, al menor sacerdicio. I geria cuero confiará a un amparo tan fragil que querría encargar la defensa de sus más caras intereses y de su patria a un ejército cuyos soldados pueden a voluntad dispersarse a la hora del peligro y abandonar su bandera?

Como conservadores sinceros, como que amamos desinteresadamente nuestra causa, deseamos y exigimos la disciplina en nuestro Partido, y no podemos convenir con aquellas que a trágico de trepar las alturas del poder, o de recibir una sonrisa complaciente de los de arriba ó por consideraciones de cualquier otra especie, llegan a romper la unión que es la vida de los partidos.

Como católicos deseamos la unión y trabajamos por ella con tal que traga por base y fundamento una rigurosa disciplina. Estamos acostumbrados a lamentar por una parte los perjuicios sin cuento que en muchas naciones causa a la Iglesia la dispersión de las fuerzas católicas, y por otra parte admiramos las ventajas que en otros países alcanza una porción bien organizada y compacta de católicos sinceros. Quisiéramos que ningún católico se hiciera entre nosotros culpable de los quebrantos que la división ocasiona; quisiéramos que los que han roto la disciplina tradicional del Partido Conservador, meditaran á soles ante los ejemplos de afuera y ante los peligros de adentro sobre los enormes daños de que se hacen responsables ante Dios y la Patria: verían ciertamente, si todavía albergan verdadero amor no ya á su partido, pero siquiera á la causa católica, que no se puede prescindir del principio de autoridad en un partido católico sin inferir á éste grave perjuicio; que no se puede dañar á un partido cuya bandera es la Religión, sin que ésta se resienta de aquellos daños, y que tal responsabilidad es más directa e ineludible cuando, como en el caso actual, de las quebradas del partido católico los que aprovechan son los que con más odio y tenacidad combaten la Religión, doctrinarios y radicales. Si no creen en los peligros de aquí, atiendan siquiera á los resultados de experiencias ajenas.

Movido de esas experiencias el Papa hace tres meses puso todo empeño para cortar de raíz una discordia que comenzaba á brotar entre los católicos italianos, y para conseguirla no se valió de acomodos que pudieran relajar un punto de disciplina, no hizo que la mayoría se rindiera á los deseos del círculo discordante, no efectuó el menor acto que pudiera importar desautorización de los directores de la Obra de los Congresos Católicos, que es allí el centro de todo movimiento católico, sino que manifestó imperiosamente su voluntad de que hubiera firme concordia entre los católicos y al mismo tiempo adhesión de toda obra u asociación católica á la Obra de los Congresos. La unión se hizo, sin que la disciplina se resintiera en lo más mínimo. Aprovechamos la lección del Papa y el ejemplo de los católicos italianos.

POLÍTICA -INIFIENTE

Hay gran número de individuos que conservan íntegro el depósito de la fe de sus antepasados: el credo católico; hasta son católicos prácticos, y que serían indudablemente ornamento de la Patria y gloria de la Religión si fueran conscientes con sus ideales católicos en las esferas políticas, pero llegan á persuadirse que el hombre político debe tener dos conciencias, correspondientes á los

dos caracteres de hombre privado y hombre público, la conciencia privada y la conciencia pública, y creen que las leyes morales, la Iglesia católica, el Santo Evangelio, deben ser los regidores de la primera, pero no de la segunda. En el seno del hogar, en sus relaciones domésticas y sociales se muestran católicos sinceros, pero en las cuestiones políticas son defensores de las más absurdas libertades y tolerancias con la más excesiva licencia. Tal es la política insinuante —*El Obispo de Cartagena.*

El Clero y la regeneración política y social

De un interesante folleto del presbítero italiano, doctor en teología, L. Missoiro, extractamos los párrafos siguientes:

Lo que más ha temido siempre la masonería es que el sacerdote deje la sacerdotia, ó sea la vida retirada del bullicio del mundo, para largarse á la vida social. Bien ha comprendido ella que, con el sacerdote, tarde ó temprano, Dios volvería á entrar en la sociedad, de la cual la masonería creía hubiero alejado para siempre.

Por esto el trabajo de la masonería ha sido en todas las edades un trabajo oculto, misterioso, de zapa. Pero el espíritu del mal, envalentonado por el éxito obtenido, ha arrojado ya la máscara y obra públicamente: se ha desbordado de suerte que los mismos que lo dirigen no consiguen ya ordenarlo y encerrarlo dentro de ciertos límites, para asegurar más el triunfo universal con que sueñan.

Los católicos laicos han tomado ya, abismados por el Sumo Pontífice, el puesto que les corresponde en la lucha. El clero algo se resistía para guiarlos y acompañarlos, porque les costaba dejar su amado retiro, le costaba influir por otros medios fuera del altar, del confesonario y del púlpito.

Ahora, empero, el Papa León XIII ha manifestado claramente que no tiene fundamento alguno la distinción que se hacía entre sacerdotes y laicos para trabajar en la regeneración social. Por el contrario, ha expuesto que tal distinción en vista del objeto referido es contraria á sus miras. Conversando con un ilustre prelado llegó á decir estas palabras:

No comprendo como un sacerdote pueda celebrar la misa con la conciencia tranquila y no favorecer la obra de los Congresos Católicos. DECID A TODOS QUE EL PAPA DESEA Y RECOMIENDA ESTAS ASAMBLEAS.

En audiencia concedida en 22 de febrero de 1895 al obispo de Tortosa, monseñor Ignacio Bandi, decía León XIII:

Ya es tiempo de que el clero salga por fin de la sacerdotia para que, por medio de las obras católicas, se acerque al pueblo, á la sociedad, á fin de volverla á Jesucristo. (Pastoral de mons. Bandi, de 6 de marzo de 1895.)

En vista de esto, ¿es posible que los sacerdotes continúemos en la inercia, rehuymos la lucha, no nos asociemos á los católicos laicos que, con tanta nobleza y entusiasmo, combaten por el triunfo de la Iglesia y por el bienestar social? Es posible, digo, que todavía haya quien dude de cuál sea á este respecto el pensamiento y la voluntad del Santo Padre?

El Partido Conservador i las Provincias

Hoy que se quiere poner en tela de juicio la grandeza social del Partido Conservador y los inmensos servicios que ha prestado á la República, se oportuna y, diríase más, indispensable, estudiar sus hechos para equilibrar su verdadero valor, y en

consecuencia tributar los homenajes que merecen de los hombres honestos y patriotas. Es imposible en estos comicios señalar de modo definitivo, porque es la de un gigante, pero presentaremos la economía que nos interesa en cada uno de los puntos más interesantes de la vida política de nuestro país, como es la administración del gobierno municipal.

Hay dos tendencias claras y decididas en la política de gobierno público: la una que centraliza y la otra al contrario, que descentraliza; una que absorbe al pueblo pequeño en obsequio del grande, otra que de derechos reales y particular al pequeño desposee en favor de la fuerza del grande. Y desde luego afirmamos —pero la historia de tales pueblos así lo dice— que dominan, uno, las ideas radicales impuras, abierto y abiertamente espiritualista y al contrario, donde las ideas cristianas y católicas tienen su influencia debida, ahí los pueblos pequeños son reconocidos, considerados y respetados.

Esto es lógico. El radicalismo, en sus doctrinas ultimas lleva el germen de la apreciación, porque como no tiene razón de estudio para imponer su modo de pensar, que se sostiene á lo que la conciencia dice, tiene que apelar á la fuerza... Al contrario, el catolicismo que tiene ideas claras y precisas que enseñan la grandeza del alma, el catolicismo, que se apoya en la conciencia y que señala á todo lo que debe hacer en la vida y en cada caso público ó privado, no tiene para qué apelar á la fuerza y descansa todo en la conciencia del individuo...

El individualismo verdadero—o sea la teoría social que se dice los reales á la persona y que asedia al poder público que debe respetarlos—es sistema esencialmente cristiano.

Por eso la historia, con la eloquencia de los hechos nos dice que los *comunales* ó *municipales*, que es el respeto de los gobiernos á los pueblos pequeños, nacieron de las conciencias eclesiásticas, de las disposiciones de la Iglesia, de las ordenaciones del Pontificado romano y de los obispados. El espíritu de la Iglesia es altamente contrario á la demagogia y á la anarquía, pero, á la vez, altamente contrario también al despotismo y á la violencia; es el espíritu de Cristo, su fundador, tan amante del pobre y del débil, como firme contra el poderoso que opprime.

Por eso aquí en Chile faltó que suceder lo que ya se había visto en todos los países europeos. El partido político que se inspira en las ideas cristianas, es decir, el Conservador, sostiene la autorama de los pueblos contra la autoridad del poder central, ó sea aplicando este principio á la vida pública, la autonomía municipal. Y el partido más apartado de las ideas religiosas, como es el radical, tenía forsosamente que colocarse en Chile, como se ha colocado, en nombre de la vida comunal ó sea el gobierno del pueblo por el pueblo mismo.

No necesitábamos, refiriéndonos á Chile, remontar las luchas generales del Partido Conservador, que fue el primer —se precisa fijarse bien en esto— que levantó en sus programas, la idea simple y sencilla de la *autonomía administrativa* y el que combatía —como todos lo saben— hasta llevar al beato y constituir en la ley y cimentar en la opinión pública para el siempre, el valor y grandeza de la *comuna autónoma*.

Bendecidos serán siempre en Chile los nombres de don Manuel José Irarrázaval, don Carlos Walker Martínez, don José Tocornal, don Z. Robles Rodríguez, don Vicente Blasen y tantos más nobles adalides conservadores, que inspirados en las ideas cristianas, que son de orden y de libertad á la vez, nos dieron la ley más trascendental que se ha promulgado en nuestra patria, en toda su vida de nación soberana.

Se dice que la *comuna autónoma* tiene defectos. Es cierto, como tiene defectos toda cosa humana, como tiene el sol que á veces se obscurece, como los tiene los rios que á veces traen ceniza y polvo gris, como los tiene la forma republicana los gobiernos á la monarquía, como los tienen los congresos ó los cuerpos deliberantes, como los tiene todo lo que hay debajo del sol, como los tiene todas cosas creadas, que no es Dios...

Que se abusa, se dice, en los comunas autónomas. Y no se abusa en los gobiernos, en los congresos, en las cortes de justicia, en los juzgados, en el ejército y en cuanto hay sobre la tierra. Conceder una misa porque de ella se abusa, es precisamente reconocer su mérito, porque no es eso lo que ella enseña...

Volviendo á lo que decíamos al empezar—y para concluir—sin entrar en tantos otros puntos que, con la eloquencia de los hechos, nos presenta la historia del partido conservador en Chile—levantemos en alto esta enseña de gloria, que lo coloca como el primero de los partidos políticos de nuestra República, la *comuna autónoma*...

Y todo lo dicho es tan exacto y verdadero, que cuando hoy se levanta bandera de combate contra esta institución popular y eminentemente cristiana, son las comunas conservadoras precisamente las que se defienden y las radicales las que doblan la cerviz y dejan encima el yugo que va á esclavizarlas ó matarlas...

Bendita sea la Iglesia, que da á los pueblos la moralidad y sus grandes deberes, pero también de sus desventuras. Bendita sea la Iglesia que da al poderoso y al débil con la palabra de Dios su modedad, que es el rey de los hombres, de los individuos!

Y plegan al cielo que el partido conservador de Chile, llene y sacre, valiente y generoso, emparejado jamás al fuer de su herida historia, y como el navegarán en el puente del barco, sea la herida recordada á sus enemigos de los resultados, establezca su herencia eterna en el mar de la vida y llevando los trozos de su fe religiosa de sus principios. Hasta que llegue, tarde o temprano, el día fatal para la patria en que podrá nacer otro buque y bajar grande y fuerte á la República.

Política Liberal

Refiriendo de este tema á que se ha entregado nuestro Gobierno, de hacer política liberal, decíamos que una de las tendencias de este nuevo sistema de gobierno era la marcada afición á las gobernas del presidente, puesto que que prijoriza vigorizar su partido. Conocedora con esta tendencia, se ha lanzado el Gobierno con febril empeño en la campaña no arrancar de puestos públicos para derlos á corregidores liberales, como si esos cargos fueran despidos dados al vencedor ó botín de una batalla y sus cargos nacionales que todo elude debidamente preparada, puede alquitrar ó desmoronar.

Con la barra de empleados públicos que el Gobierno de la política liberal ha hecho y sigue haciendo, el país verá con asombro que la Administración Pública se ha entregado, no á partidos serios que se inscriben en buscar el progreso nacional por medio de leyes y medidas que impulse el bien moral y material del pueblo, sino á una sociedad ó compañía explotadora de empleos públicos y del presupuesto nacional, que con el disfraz de hacer política liberal, viene repudiando todo y apoderándose de todo puesto público, como si fuera el patrimonio de una familia reinante.

Bien puede la familia liberal seguir por el sendero que ha trazo, ello no lo conquistará ni hora, ni prestigio y si dará la medida de lo que son los pueblos libres que de rueda le quedan.

Los peculiares de tierras y guvernes que hundieron en la vergüenza á ciertos hombres y partidos, no los tendremos aún, os consta que es la misma familia de las recordadas *bazofas* la que nuevamente viene á hacer política liberal. Y en las tendremos clara, porque la familia está ocupada en la reconquista de los terrenos públicos que perdieron mientras recopilaron en la explotación y el olvido, aliada del gobierno, la vida y fama perdida. Pero, que para esta revolución de empleados, que no queda ni en la Administración ni en el Ejército hombre de bien que no entre, que los miembros de la gran familia todo lo ocupen y llenen, ¿qué esperará el país de estos que van por comer y que han merecido surgiir por sus ganas políticas? No puede esperar otra cosa que los desperdicios de la mesa no que ellos se harten y guzen. Porque así como del cielo no caen pernos peras, ni de la zarza otra cosa que espinas y abruijos, así, el pueblo en vano esperará bellos frutos de inteligencia y trabajo. Sólo le darán diversiones para que se distraiga en sus males y no culpe al Gobierno de la situación que le affige.

Ya puede la compañía de la gran familia cauter un hueso á la famosa *política liberal* para que embobado el pueblo con la dulce melodía, dejo á la compañía seguir tranquila el negocio sin tropiezos ni protestas.

Mientras tanto, los que vemos cómo la intriga derriba aquí á un jefe prestigiado del ejército, allá á un número considerable de intendentes y gobernadores por el delito de haber prescindido en la pasada lucha electoral, más allá la culpable intención de borrar de una plumada á un gran número de territorios ocupados de la Dirección de Obras Públicas porque hay algunas que no pertenecen á la gran familia, tenemos motivos para levantar grito de alarma y creerlos humillados ante el espectáculo triesta que da nuestro Gobierno de tanta debilidad para ceder ante la voraz invasión de tanto hambriento, que abandonando todo respeto y dignidad, lo atropellan todo para conseguir sus objetivos, basa lo más preciado para el chileno como es la honra y prestigio del ejército.